

# El negro puro

Gonzalo Trinidad Valtierra\*

En las cercanías de lo que fuera el Beach Hotel, ahora una explanada, con un kiosco de periódicos en el centro, se doraba bajo el sol de agosto. El calor del Golfo de México dejó las calles vacías. Cuando Quincy y James se detuvieron en el kiosco a comprar el *Sunset*, en su edición sabatina, la nueva explanada estaba desierta. Ni las palomas buscaban restos de comida, ni los perros husmeaban por ahí, como era su costumbre.

Para llegar al café Rigoletto, donde comían los sábados atendidos por una linda chica italiana de nombre Virginia, tenían que emprender una caminata de varias calles. Pero ese día en la bahía de Galveston, demasiado bochornoso, decidieron buscar un lugar sombreado para refrescarse y descansar un momento.

Ocuparon una banca de madera, exclusiva para ciudadanos blancos, bajo el único sicomoro que sobrevivió la inundación de 1900.

Un muchacho negro se acercó y les preguntó si les gustaría que boleara sus zapatos. Quincy no había escuchado una voz como esa en muchos años, le recordó la de un cantante ciego de Jackson, Alabama.

—Mi nombre es Tobías —dijo amablemente. Antes de agachar la cabeza, sonrió. Su piel, no muy oscura, a decir verdad, contrastaba animadamente con el pantalón color arena de Quincy, a quien el nombre del muchacho le pareció peculiar.

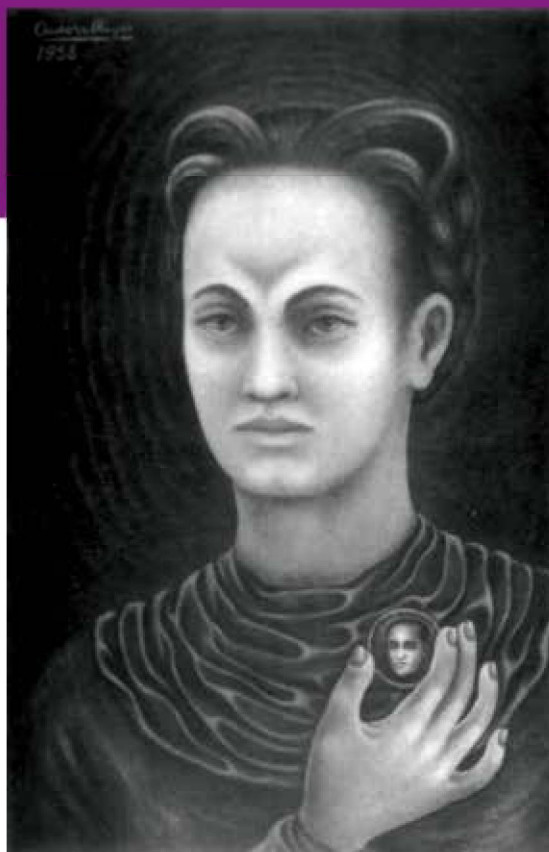
Le pidió que comenzara su trabajo con un tono indiferente, y luego agregó:

—Necesito que queden como nuevos, ¿escuchaste? No pienso entrar al café luciendo un calzado que se esperaría de un obrero.

—Como nuevos, jefe. A toda prisa.

—No, no. Hazlo bien, tómate tu tiempo. No tenemos prisa.

Cada vez que Quincy decía algo procuraba no



*Memoria*, Aurora Reyes

abrir demasiado la boca. Le faltaban algunos premolares y un colmillo, y no le gustaba que la gente se diera cuenta. Mucho menos un negro que sonreía como si quisiera comerse un durazno de un mordisco.

Una noticia en el *Sunset* acaparó la atención de James. El boxeador negro, actual campeón del mundo de los pesos pesados, Jack Johnson, tenía una amante blanca con la que se casaría. No le gustaba hablar mientras leía el periódico. El titular lo hizo emitir un sonido que Tobías interpretó como un malestar estomacal. Quincy, por su parte, no se sorprendió de los aspavientos de su amigo, hasta que escuchó de qué se trataba y exclamó:

—Inaudito, esto simplemente es inadmisibile— su frente, bastante amplia, se arrugó.

Tobías se sintió dichoso al escuchar la noticia, exaltada por la indignación de Quincy. En el rincón más oculto de su alma, donde guardaba sus secretos, Tobías anhelaba que el campeón del mundo fuera su padre. Y más profundo todavía, ardía el deseo de ser como él, un campeón mundial de box. Sintió un ligero temblor en las manos. Se detuvo un momento en el zapato izquierdo de

Quincy lo engrasó nuevamente y reanudó su trabajo con una ligera sonrisa que ocultó muy bien, agachando aún más la cabeza. Pensó en el gusto que le daría a Billy cuando le contara.

Quincy no se percató del efecto que la noticia provocó en el bolero. Se creía demasiado grande, demasiado importante, para darse cuenta de cualquier cosa que ocurriera a su alrededor, cuan más en el alma de un muchacho de trece años.

—Debo reconocerle algo —dijo Quincy, que no era muy instruido en box, ni en cualquier otro deporte, pero que siempre tenía una opinión—, es un verdadero animal.

—¿Qué dices? Es un negro grandote, eso es todo. Jeffries ya estaba en las últimas cuando se enfrentaron en Reno. Si me lo preguntan, yo digo que fue una pelea injusta.

—Lo fue, porque ese negro es una bestia, no un hombre. Una bestia con muy poco cerebro.

Tobías hizo un enorme esfuerzo por contener su ira. Era como si esas palabras estuviesen dirigidas a él, a su padre, a su abuelo, a su estirpe completa.

—Y nadie le ha quitado el título mundial.

La indignación de James no se debía tanto a la afrenta racial, sino a la cantidad de dólares que había perdido por culpa de Jack Johnson. Nunca le había dicho nada al respecto a Quincy, pues sabía que odiaba las apuestas.

—Espera y verás, hijo, ya viene el elegido— Quincy cerró los ojos y respiró profundamente, —el día menos esperado un chico blanco de Kansas o Nevada le va a bajar los humos a ese simio gigante. Alguien tiene que ponerlo en su lugar.

Sí, claro, pensó Tobías, que vengan todos los blancos desde California hasta Florida, desde Oregon hasta las Carolinas. Que traigan a todos los esbidadores irlandeses, los macarrones italianos, los vaqueros y soldados del Medio Oeste, a todos los volvería polvo el Gigante de Galveston.

—Ese no es el punto —dijo James—. Mira esto —le dio un golpe al periódico, justo en el titular—, primero campeón del mundo y ahora amante de una mujer blanca. Seguro es atea o socialista.

—Hay cosas peores que los ateos y los socialistas.

—¿Cómo qué? —preguntó James. Una corrien-

te de aire agitó su cabello rojo.

—Imagina la clase de niños —dijo— que la mezcla de razas va a provocar. Sólo imagina eso —condenó el mestizaje como si fuera un pecado. Siempre lo asoció con el trabajo de los charlatanes que iban de pueblo en pueblo espantando a los niños con monstruosidades disecadas.

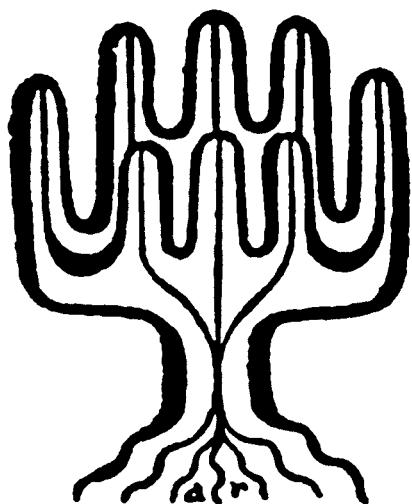
Quincy, que a diferencia de su amigo era un hombre obeso, estaba cubierto de sudor. Trabajaba en el servicio de aguas y drenaje de Galveston, desde la gran tormenta. Su trabajo quedó asegurado por la necesidad de contar con alguien que conociera el sistema de drenaje, su entramado y



Poste, Aurora Reyes

fallas. Buena parte del tiempo se dedicaba a hurgar en la historia de Texas. Opinaba, por ejemplo, que Galveston necesitaba un nuevo nombre: Oil City. Su más reciente idea, que discutía con James en ese momento, era renombrar el Golfo de México. Ahora se llamaría Golfo de Texas.

Tobías hizo lo mejor que pudo para concentrarse en su trabajo. Los años le habían enseñado, no sin descalabros, a fingir indiferencia, tragarse el coraje y controlar su ira. Consecuencias menores, debidas a esa contención, lo habían molestado



Órgano, Aurora Reyes

desde que tenía ocho o nueve años. Dolores estomacales que su abuelo le aplacaba con leche de magnesia. Ahora, a sus trece, su estómago no era el mismo. Respiró profundamente, sus pulmones se llenaron del olor de la grasa para bolear.

Quincy iba de un tema a otro, como si estuviese inspirado, frente a la congregación, en el sermón dominical.

James meditó un momento. Era cinco años menor que su amigo. Y a diferencia de él, no se sentía en deuda con la historia y la pureza de la sangre. Era descendiente de irlandeses católicos y alemanes, había algún inglés ateo en su familia y una hebra de sangre india, nunca supo de qué tribu, que no reconocía públicamente.

—A mí me preocupan otras cosas —agregó James.

—¿Qué dices? Mira lo que el mestizaje le hizo a los europeos en México. Esa raza está maldita.

Imbéciles, pensó Tobías. Se sintió orgulloso de no compartir sus ideas sobre la pureza de las razas y la decadencia de los españoles. El mestizaje no era una aberración. Y además, es idiota querer cambiarle el nombre a Galveston y al Golfo de México. Recordó al héroe de la batalla de Pensacola. ¿No había sido también virrey de México? Católico, sí, pero mucho más valiente e ingenioso que cualquier blanco que hubiera conocido, especialmente ese par que discutía arrogantemente bajo el sicomoro.

Gracias a Billy, su amigo, había aprendido esas cosas. Él le conseguía los libros de la biblioteca.

Galveston es un buen nombre, pensó. Además, la península de Bolívar era su lugar favorito. Y estaba Anáhuac, en el estuario. Lugares cuyos nombres lo hacían viajar instantáneamente. Cuánto le gustaría aprender español para viajar a México y Bolivia.

—¿Cómo vas a allá abajo, muchacho? —preguntó Quincy.

—No se preocupe, jefe —sonrió esforzadamente y su estómago le recriminó—. Cuando termine podrá ver el firmamento como en un espejo.

James se rió. Ni el firmamento ni el rostro de su amigo se reflejarían en los zapatos lustrosos, sino su barriga.

—Creo que el problema del mestizaje es moral —dijo James—. Las costumbres se mezclan, se degradan y se pierden. Mira a los mexicanos, como dices. No son monstruos de dos cabezas, desde luego que no. Pero su país está partido a la mitad como un melón, por culpa de esa revolución. En pleno siglo veinte, por Dios.

Tobías cambió de lugar y se puso a trabajar en los zapatos de James.

Quincy alzó una pierna, con mucho esfuerzo, y miró la punta de su zapato derecho. Estaba conforme con el trabajo. Pero no dejaba de mirar con suspicacia a Tobías. Pensó que había algo raro en su tono de piel. Algo en su negrura que no se ajustaba a sus prejuicios. Una piel casi aceitunada. Su cabello retorcido, sus labios y su nariz eran tan africanos como los leones y los camellos. Pero sus ojos eran claros, un tanto rasgados. ¿No sería Tobías un claro ejemplo de lo que trataba de explicar? Le hubiera gustado descubrir alguna malformación, un dedo de más o de menos, aletas en las manos: algo que pudiera condenar.

—Oye, chico, ¿de dónde eres?

—De Galveston, jefe. Pero mi casa ya no existe, se la llevó la tormenta. Nací poco después de la inundación. Ahora vivo cerca del pozo petrolero.

—¿Con quién vives?

Le pareció sospechoso que un extraño de pronto se interesara en él, pero tenía que responder.

—Con mi abuelo.

—Parece que sabes mucho de la tormenta, ¿eh? Cuéntame algo más.

—Sólo sé lo que todos. Que dejó cientos de muertos y la ciudad destruida.

—¿Y tu familia?

No le gustó el rumbo que tomaba el interrogatorio. Quería irse de ahí cuanto antes. Sabía que nada bueno podía resultar de un blanco interesado en la familia de un negro.

—Mi madre quedó viuda antes de la tormenta. Y mi abuelo mudo, después de la tormenta. Cuando vio las olas pensó que era el Leviatán.

—¿Y qué piensas de Jack Johnson?

Nunca había sentido que sus manos se enfriaran de repente y su corazón se agitara tan rápido. Tendría que humillarse. Decir lo que pensaba era imposible. Ni siquiera un chico de su edad podía salirse con la suya si hablaba honestamente sobre el campeón del mundo. Por el contrario, era uno de esos momentos en los que el resto de tu vida puede tomar un rumbo diferente. ¿Jack Johnson? Era un dios, un héroe antiguo. Pero no, imposible decir algo así. Lo lincharían, estaba perdido. Quizá por eso su abuelo se quedó mudo, y no por culpa del Leviatán.

—Escuché que era bueno.

—No seas modesto. ¿Qué me dices de su debilidad por las mujeres blancas, eh?

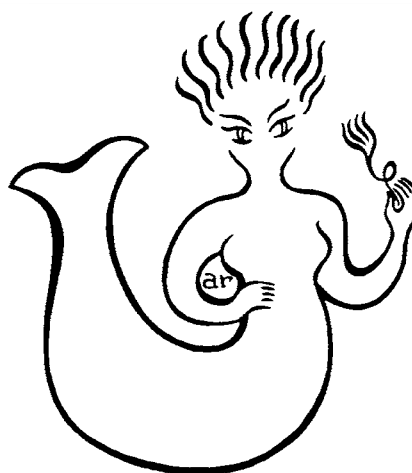
Estoy acabado, pensó. A esto tenía que llegar. Se arrepintió de haber caminado a la explanada buscando clientes. Hubiera preferido quedarse en su barrio, seguro entre los suyos. Pensó en Billy, pero estaba solo y nadie podría ayudarlo, ni siquiera su padre, Jack Johnson.

—No me preocupan las mujeres, son ruidosas y problemáticas —dijo y apretó los dientes como si esperara una bofetada o un golpe.

Una carcajada sorprendió tanto a Quincy como a Tobías.

—Es lo más sensato que he escuchado en toda la mañana.

Quincy se sintió contagiado del buen humor



Tinta 8, Aurora Reyes

de su amigo. Si algo compartía con él era ese ligero desprecio por las mujeres, ya fuera por mala suerte o porque ninguna había sido la indicada. Ambos estaban divorciados.

Continuó con su interrogatorio.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

Tobías respondió en su mente: Jack Johnson.

—No lo sé, jefe. Verá usted, mi madre murió cuando yo tenía cuatro años. Y mi abuelo es mudo. Así que nunca he sabido muchas cosas sobre mis padres.

Quería terminar rápido, cobrar y encontrar a Billy. Su camisa azul camuflaba las manchas de sudor, causadas por los nervios y no por el calor. Como si acabara de boxear con un oponente mucho más fuerte, sintió que las piernas y los brazos le temblaban, no le respondían. Estaba exhausto interiormente. Aun así tenía que continuar, como todos los días desde que aprendió a lustrar zapatos. Hubiera podido trabajar en un barrio negro, pero no ganaría ni la mitad de lo que hacía en territorio blanco.

—¿Tu madre no dejó una carta o algo así?

—No tuvo tiempo.

No le gustaba hablar sobre su madre, mucho menos dar detalles. Pensaba todo el tiempo en ella. Su abuelo tenía una foto junto a la cama, en la que su madre sostenía en brazos a Tobías. Y su padre —tenía que serlo— era el campeón del mundo.



Tinta 3, Aurora Reyes

Quincy vio en los ojos rasgados, la piel no muy oscura y no muy clara, y en esa sonrisa sospechosa, el símbolo de sus temores. No tenía la menor idea de las cosas que, por así decirlo, mantenían vivo a Tobías. Jamás llegaría a entender lo que era la vida para él. Algunas veces, cuando Tobías se sentía derrotado, repetía una frase de Simón Bolívar que leyó en uno de los libros que Billy le prestaba. *El arte de vencer se aprende en las derrotas*. Por las noches se imaginaba a sí mismo como Bolívar, Gálvez o Johnson.

No había forma de que ese hombre engreído tuviera razón. Jamás podrá cambiarle los nombres a la ciudad y al Golfo, pensó Tobías. Está equivocado. Si eso ocurriera algún día, se iría a México. Ahí nadie lo obligaría a usar la puerta trasera y a frecuentar sólo ciertos lugares.

Por fin terminó de lustrar los zapatos de James.

—Dime una cosa, ¿tu padre era negro?—Quincy preguntó esto antes de pagarle. Ya estaban de pie él y su amigo.

Tobías se derrumbó bajo el peso de su rencor. Alzó la cabeza y dijo:

—Claro que sí, un negro puro.

Sintió que la humillación se le hundía en la carne.

Antes de que dijera otra cosa, James interrumpió a su amigo.

—Por Dios, ¿te puedes callar ya?—su rostro y su cabello rojo parecían una pequeña llama—, me estoy muriendo de hambre.

Quincy pagó y se dio la vuelta sin decir nada más. Quieto como una estatua, Tobías los miró hasta que desaparecieron. Se mordió el labio de

coraje y cuando sintió que había caído al fondo de su desprecio estuvo a punto de llorar. Escupió en la banca.

Una sombra se plantó junto a Tobías, mientras éste recogía sus cosas. Alzó la mirada y se levantó rapidísimo.

—Billy, no sabes qué gusto me da verte.

Su amargura se apaciguó por un momento.

Billy había cojeado hasta la explanada, pero al verlo atendiendo a dos caballeros blancos prefirió esperar. Su presencia nunca causaba buenas impresiones. Se sentía nervioso sólo de estar ahí, en territorio blanco. Era un negro alto, fornido, que sufrió la polio cuando era niño. Poco le faltó para quedar en silla de ruedas.

—¿Me conseguiste el libro que te pedí?

—Todavía no, hermanito. Pero no te preocupes, no debe tardar.

Tobías acostumbraba ir a buscar a su amigo. Esta vez no fue así, pues estaba ahorrando en secreto para irse a México. Cuando su abuelo muriera, y eso podía ocurrir en cualquier momento, se iría.

—Traje un poco de pollo y tarta de manzana.

Sonrió honestamente y le dio las gracias a Billy. Era la sonrisa que guardaba en el corazón sólo para su abuelo y su amigo.

—Dime una cosa. ¿Tú dudarías por un momento que mi padre fue negro?

—Jamás, hermanito.

—¿Crees que mi madre haya conocido a Jack Johnson?—nunca le había compartido esta idea a nadie. Su alma colgaba de la cuerda floja.

Billy lo miró un instante.

—¿Sabes una cosa, hermanito?, no lo había pensado, pero creo que podría ser así. Deberías escribirle una carta al campeón para preguntarle.

\*Ciudad de México, 1986. Narrador y periodista cultural en medios impresos y digitales en Michoacán y la Ciudad de México. Becario de la Fundación para las Letras Mexicanas (2015-2016) en el área de narrativa. Antologador del libro *Post data / Post mortem* en Vodevil Ediciones.

Fecha de recepción: 2017-02-24

Fecha de aceptación: 2018-05-13